



CUENTOS DE MI TAITA

POR: NICOMEDES SANTA CRUZ

PERROS Y GATOS

De esto hace muchos, años. Pasó después del Diluvio Universal. Dicen que en aquellos tiempos, durante la noche se veían brillar dos lunas en vez de una sola; la otra era más pequeña, como una hermanita menor de la única Luna que hoy conocemos. En verdad, se veían muy rara vez, pues los cielos estaban todo el tiempo cubiertos por negros nubarrones, llovía torrencialmente y las noches eran oscuras, calientes y muy tristes.

Bajaron las aguas a su antiguo nivel, los ríos volvieron a su cruce y la vida empezó a desarrollarse normalmente. El hombre inventó la silla, después la mesa (creo que fue al revés: primero la mesa y luego la silla). Cuando tuvo su hogar bien construido inventó el robo, entonces tuvo desconfianza alejarse de su domicilio sin dejar a nadie custodiando. De entre todos los animales, que dicho sea de paso eran herbívoros y por lo tanto se daban la gran vida, jugando, el lobo con el cordero, el león y la gacela, el gato y el pericote, etc.; el hombre escogió al gato para eterno guardián de su hogar, lo amarró del cogote junto

a la puerta y se fue muy tranquilo a buscar ricas frutas para su alimento. Al regreso encontró al gato durmiendo y la casa saqueada por los ladrones. Entonces, liberando al gato, cazó un perro y lo amarró del cogote junto a la puerta, hecho esto se echó a dormir. A medianoche el perro logró romper la soga que lo tenía prisionero y se fue al monte, reuniéndose con toda su manada. Allí, en pocas palabras, explicó la situación a los suyos, y les advirtió que de no tomar medidas serían eternos esclavos del hombre. Había que obligar a los gatos para que cumplieran la misión que originalmente se les encomendó, y esto había que hacerlo por las buenas o por las malas.

Partió la manada en pleno hacia el campamento de los gatos y atacándolos por sorpresa entablaron la primera de una serie de encarnizadas batallas. Fueron muchos los muertos de ambos bandos, hasta que una tarde, después de la centésima batalla —donde casi fueron exterminados los gatos—, el rey de los felinos decidió parlamentar con el rey de los canes. Pactada la tregua, en un claro del

bosque se reunieron los dos jefes con sus respectivos lugartenientes. El rey de los perros exigió la rendición incondicional y la promesa formal de que los gatos serían fieles guardianes de la casa del hombre. Redactado el documento fue firmado por ambas partes, (luego sería presentado al hombre y los perros recobrarían su libertad). Felices regresaban el rey y su lugarteniente para reunirse con el resto de la manada que los había quedado aguardando, pero a poco de caminar decidieron cortar camino por un atajo. Como para ello tenían que atravesar a nado un caudaloso río y el agua podría borrar las firmas del tratado de paz, el rey de los perros decidió ocultar el documento dentro del cuerpo de su capitán. Hecho esto entraron al agua los dos perros y lucharon contra la traicionera corriente. Entre tanto la manada aguardaba a su jefe. Pasaron las horas y nada.

Al fin, cuando ya se había ocultado el Sol, llegó hasta ellos, jadeante y semiahogado, su valiente jefe. Al lugarteniente se lo había llevado el río, con documento y todo.

Partió la manada en busca de su compañero, y aunque lo buscaron río arriba y río abajo no hallaron rastro del desafortunado perro. Volvió la manada al pueblo y el hombre, ignorante de estos sucesos, siguió utilizando al perro como guardián de su casa. Recrudescieron las riñas y el perro se declaró enemigo irreconciliable del gato.

Peo no se resignó a la pérdida del documento que le devolvería su libertad. Por eso, hasta nuestros días, cuando se encuentran dos perros Ud. cree que se huelen recíprocamente. Mentira. Lo que hacen es buscarse el tratado de paz que el rey ocultara bajo la cola de su desaparecido capitán.

